

La verdad de las mentiras (1990)

Las cartografías del navegante

Alberto Schroth Prilika

No hay nada como un buen escritor para hacernos ver espejismos.
Mario Vargas Llosa. "El héroe, el bufón y la historia".

Era la mentira, una mentira explícita tan diestramente fabricada, tan exótica y preciosa, tan desmedida y atractiva, que resultaba preferible a la verdad [...] la fantasía, pese a sus excesos tiene siempre una raíz en el mundo real, como ocurre con las representaciones teatrales o los circos.
Mario Vargas Llosa. "Los cuentos de la baronesa".

En *La verdad de las mentiras* (2002) aparecen reunidas las ánimas de sus personajes favoritos y cada uno con una misión fundamental. De los poetas, por ejemplo, consigue emitir una voz ensayística con el atractivo del vino seco: puntual pero sugerente, abundante en referencias como los años; de los toreros toma las banderillas para clavarlas sobre el hábito de asumir el contenido de los libros de literatura como verdades absolutas o testimonios; y la misión del marinero es recorrer los mares narrativos del siglo XX, en la búsqueda de obras maestras en el cuento y la novela, para decirnos que las mentiras, las ficciones, son aquello que enriquece nuestras disminuidas vidas reales, hasta bordear la insania.

Varios años antes de tener tres temporadas presentando sus novelas y relatos favoritos los fines de semana por Radio Programas del Perú (RPP), Mario Vargas Llosa escribió, por encargo de una editorial española, algunos ensayos que funcionarían como prólogos para una colección de obras selectas. Desde fines de los ochenta hasta finales de siglo, acumuló tantas travesías a bordo de su bergantín que parecía tejer sobre el papel un extenso relato épico. La primera edición de estas travesías estuvo a cargo de la editorial Seix Barral en 1990, las reunió por segunda vez Peisa en 1996, y finalmente, para el 2002, con Alfaguara se incorporaron diez viajes inéditos.

El resultado final fue esta colección de ensayos, que tiene el aspecto de una bitácora personal, quizá la crónica sesuda de un lector. Las líneas de sus impresiones y contexto en el que se sitúa la pieza en la historia —y en su historia personal también—, confluyen con apuntes sobre aquellas formas y artificios que hacen que una novela se vuelva un organismo con vida propia, como una criatura de mito que podría ser recogida en las películas o fundirle a alguien los fusibles: narradores obsesivos o rigurosos en el detalle, convertidos en personajes o dotados de omnipresencia; una historia principal, lineal, circular o fragmentada, muchas historias dentro de otras historias; realismo patológico, frenesí mágico, cosmovisión surreal; sordidez, brutalidad, humor o sarcasmo, tantos recursos y estilos como escritores para emplearlos con la actitud de las tenazas, sin excesos de inteligencia, porque suele ser mortífero en una novela, pues conspira contra su poder de persuasión que debe fingir la vida, la realidad, donde la inteligencia suele ser la excepción, no la regla.

Él resultó ser un buen capitán porque estudió con detalle las rutas, los vientos e hizo mapas de la condición humana, desde lo llano de sus expresiones simbólicas y la materia primitiva de sus emociones. Es justo lo que busca en una romántica colección de viajes a ultramar —sin encallar en aguas poco profundas o fatales decepciones—, por los océanos literarios



que contienen a las generaciones de escritores del siglo XX. Según el navegante, el narrador es la estrella Polaris de todo relato:

El narrador es siempre el personaje más importante de todas las ficciones, y, en todos los casos, invención, ficción él mismo, entre el autor y el narrador de una novela hay siempre el incommensurable abismo que separa la realidad objetiva de la fantástica, la palabra de los hechos, al percedero ser de carne y hueso de su simulacro verbal. El autor de una novela siempre inventa al narrador, aunque le ponga su propio nombre y le contagie episodios de su biografía ("Nadja como ficción", p. 107).

Impulsado por la tendencia de las corrientes literarias y los movimientos a contracorriente de las ballenas blancas que reconoce como obras maestras o fundamentales y a las que confiesa devoción, recorre la historia de los conservadores, malditos, revolucionarios, socialistas y antihéroes. La lista es extensa, pero en el mascarón de proa ha tallado como marcas en su piel, de seguro no una sirena sino el ánimo de Joseph Conrad, William Faulkner, André Malraux, Ernest Hemingway, Vladimir Nabokov, Doris Lessing, Alexandr Solzhenitsin, y otros más.

Con la habitual cadencia y tono de sus colecciones de ensayos, despliega una gradiente de textos literarios tan rica como diversa. En este recorrido, desde el prólogo al epílogo, la voz se percibe liberada e intimista a su manera: formal pero incendiándose, hace una lectura comparada del escribidor en la ficción, la obra y el personaje real, inmiscuyéndose en su historia e insertando cuñas biográficas o citas para vestir su ensayo de elocuencia y otras voces además de la suya. A ratos deja entrever una que otra confesión personal, como el fetiche por sus escritores favoritos. Cada ensayo puede interpretarse como el diálogo que un maestro deja reservado para después de las clases. Una memorable conversación sin pretensiones:

Soy también fetichista literario y de los escritores que admiro me encanta saberlo todo: lo que hicieron, lo que no hicieron, lo que les atribuyeron amigos y enemigos y lo que ellos mismos se inventaron, a fin de no defraudar a la posteridad. Estoy, pues, colmado con la fantástica efusión pública de revelaciones, infidencias, delaciones y chismografías [...] ("El héroe, el bufón y la historia", p. 134).

La esencia del libro son sus impresiones mientras relee, recuerda y reflexiona sobre la valía artística y el aporte a la literatura de algunas de las obras cumbre, introduce además el que parece ser su *leitmotiv*: la literatura debe sustentar una postura ética y política, llevadas con el ejercicio de vivir intensamente, despreciando la cucufatería y charlatanería, sin oler a tendencioso:

Que una ficción lograda sea, ante todo, forma —un lenguaje y un orden— no significa claro está, que se halle desprovista de ideas, de una moral, de una visión histórica y una

cierta concepción de la sociedad y del hombre” (“Mentira de príncipe”, p. 302).

El oficio de escritor debe ser similar al de una fina y seductora daga que persiste en mostrarnos la belleza de su arte y al mismo tiempo recrear nuestros demonios, caos y trémulos ejes de poder, sobre el papel; donde pueden convertirse en trazos de una carta náutica aparentemente inofensivos, pero que propician en los lectores cierta ignición, además de entretener y distraer, porque el compromiso y la experimentación son muy respetables... pero cuando una ficción es aburrida no hay doctrina que la salve.